

Una idea me paso por la imaginacion como un relámpago.....—¡Es imposible!.....

Una noche estaba yo en el cuarto del vestuario de Lola, fastidiado como siempre, esperando que volviera del foro.

Terminó el acto; vino, y luego corrió la cortina de la puerta para cambiarse solo el vestido. No me echó y yo me quedé: tampoco tenia nada que ver.

Guillermo debió creer que estaba sola. Entró de repente; pero al verme se detuvo sorprendido, me lanzó una mirada llena de ira, y sin hablar una palabra á ella ni á mí, fingió que tomaba una bagatela del tocador, y dejó un papel.

—Siento haberte estorbado—le dije despues—pero no preví.....

—Lo que yo siento es no haber aprovechado el momento; pero tú no me estorbas.

Yo tenia los ojos fijos en el papel.

—Te estoy conociendo la curiosidad.....vaya, lee la carta, verás como me adora.

Antes que se arrepintiera tomé el papel, lo abrí, y cemené à leer para los dos.

“Todo està pronto para nuestra fuga.....”

Lola me arrebató con furia la carta y se la guardó en el seno. Pero todo con la violencia del rayo.

Ni ella me dijo una palabra, ni yo tuve valor de hablarle tampoco. Teniamos miedo de levantar los ojos y encontrarnos con las miradas. Me des-

pedí friamente, y ella estaba con visible inquietud.

Tanta confianza tenia yo, ó creia tener, que aquella reserva me ofendió, y me tuvo serio y callado muchos dias; esperando de un momento á otro verla desaparecer.

No pude reprimirme mas tiempo y al cabo reventé.

—¿No te vas ya?

—¿A donde?

—Con Guillermo.

—¡Calla—calla!.....—me dijo asustada, poniendome la mano en la boca—No nos vaya á oír el negro.

—¿Pero piensas huirte?.....

—Me iria al infierno—me dijo sofocando la voz—

¡Ah!..... ¡pero no puedo!..... Bien lo sabe Ramirez y por eso.....

Veia en su semblante tan marcados el dolor y la desesperacion, le habia cobrado instintivamente tal aversion á Ramirez, que involuntariamente le pregunté:

—¿Pero por qué no te vas?

—¡Por mi hija!.....—me contestó; y las lágrimas asomaron en sus ojos—Bien sabe que por ella lo seguiria hasta el cabo del mundo.

—Calmate—le dije abrazándola—alguna vez se cambiará tu suerte.

—Sí; cuando él ó yo hayamos muerto.

—¿El?..... ¿quién de los dos?

—Ramirez..... Ligada con él por un lazo que sabe que no he de romper, ni siquiera procura ya, como al principio, hacerme la vida ménos pesada.

—Pero tú me has dicho que no es zeloso: ¿cómo es que con Guillermo?.....

—Porque me perderia para siempre..... porque yo me casaría con Guillermo.

—¡Casarte!..... ¿Pues no eres muger de.....

—Soy su muger, no su esposa.

—¡Oh!.....

—Sí; me casaría con él, que me ama, ó que sabe fingirlo; que es jóven como yo, y que no abusaría de su posicion..... No me he casado con él, ó no me he huido, porque sería necesario emprender un pleito para recobrar á mi hija y el mundo gritaría —¡escándalo!..... y me tendrían por una loca, una prostituida.

Esta es la situacion de las cómicas: ¿habrá quién crea que le hago este sacrificio á la opinion y á la gratitud?..... Y entónces, y ahora tambien, nadie creerá en mi resolucion, ni que soy capaz siquiera de un buen sentimiento.....

Nada he hecho sino amar, como amaría cualquiera otra, y ya todos, acaso tú tambien habras murmurado de lo que se llama mi infideliad.

Yo á este hombre, á Ramirez le daría hasta la última gota de mi sangre, pero no puedo amarlo. El tiene cincuenta años, y yo veintitres, él me busca como instrumento; yo desearia un amante: en sus abrazos siento las convulsiones de la carne, la agitacion de la impotencia, el furor del vicio; no la

ternura, el delirio del amor.....¿Me llamarán infiel y prostituida porque huyo de un hombre asqueroso y criminal que me profana y me corrompe!... un hombre á quien respeto, pero, que no amo, ni debia amar nunca con la libertad de una querida.

Le busco una alma, y él no la tiene sino para el juego; busco un corazon, y el suyo está helado; busco un cuerpo, y encuentro un esqueleto sin fuerzas ni hermosura. Tengo 23 años, y él mismo me enseñó placeres que no conocia.... El mismo procura acusarme, y el mundo me condenará por él....

Si Guillermo tuviera un caudal nos dejaría libres; pero es otro cómico infeliz como yo, tendríamos que vivir de nuestro trabajo, y Ramirez no tendría ya dinero que perder en el juego....

—¡Oh!.... ¿Todo eso?

—Demasiado has visto para que no lo hayas comprendido. Si te parece un exceso mi confianza, ó una desvergüenza, ¿qué importa?... Me juzgarás como todos....

—Pero no crees que es infernal esta vida de esclava, obligada por mi oficio y mi posicion á recibir con alegría á todos los perdularios que me injurian con la grosería de sus pretensiones; á aceptar los regalos y los obsequios de los ricos sensuales que Ramirez mismo trae ó consiente?....

¿Cuánto mas tranquila viviria sin rango, sin el esplendor aparente que ese hombre me proporciona para especular con mi juventud, en una casita

cualquiera, con un marido ó un amante que siquiera por amor propio me guardara, y supiera satisfacer las necesidades imperiosas de mi corazón.... ¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel!... No me tengas por loca; ya ves cuanto sufro.

A fuerza de reprimir los remordimientos, de ahogar el pudor, me he acostumbrado á reír, á mirar los hombres cara á cara, á hacer burla yo misma del honor, de la virtud, de todos los buenos sentimientos.... una vez en el camino es fuerza cerrar los ojos y abandonarse á la fatalidad; pero en los ratos de aislamiento y reflexión el corazón se revela, la conciencia grita, el alma se espanta de tanta soledad y tanta corrupcion....

Ya ves á la cómica llorando.... de aquí á un rato vendrá un pisaverde y la verás reír; mas tarde me verás sobre el foro haciendo á la niña inocente y guiñando los ojos á la luneta, para engatusar á los que pretenderian silbarme si no les diera este placer....

—¿Sabes?... Si yo estuviera en tu lugar ya me habria marchado.

—¿Y mi hija?....

—Llevartela.

—¡Imposible!....

—¡Imposible!.... ¿por qué?....

—Ese negro en cuyos brazos la ves todos los dias, no tiene otro objeto que espiarme, y cuidar á mi hija como un argos, como un perro..... Cuando la tengo un rato en mi regazo es mi sombra.... no se

separa de mí ni para dormir: se acuesta en la puerta de mi recámara, y á los primeros arrullos con que me despierta mi hija, entra y me la arrebatá de los brazos....

—¿No has intentado comprarlo?

—No se venderia; porque se vende todo, ménos el placer de hacer mal: su fidelidad no proviene de amor á Ramirez, sino de aborrecimiento hácia mí: un dia le dí una patada y se venga ahora que puede. Ni por un caudal se dejaria comprar.

Y le ha cobrado un amor la muchacha.... Mirala: allí está jugando con él.

Me incliné un poco á la ventana, y el negro estaba en efecto sentado en el patio, teniendo á la niña y divirtiendola con hacerla gestos horribles, miéntras ella riendo como una inocente, pretendia taparle la cara con sus manitas blancas y delicadas. La chica era cuca, graciosa y bonita como un querubin, su blancura y su delicadeza contrastaban con el cútis atezado y las toscas formas del negro.

Este percibió nuestras cabezas en la ventana, nos dirigió una mirada oblicua, y como en tono de burla le dijo á la chiquilla señalandonos con el dedo:

—Mira, allí está mamá.

La niña levantó los ojos, se sonrió, y siguió en sus juegos y su alegría.

—Pobre de mi hija—dijo Lola retirandose de la ventana— vendrá á ser lo que yo: una pobre cómica prostituida y desgraciada.

Una cómica y una reina; un fraile y un soldado, pueden padecer si tienen un corazón.

Ahora, lector querido; si te escandalizas ó no crees, tuya es la culpa. Si no crees, dichoso tú que no padeces, proque no eres capaz ni de comprender los males ajenos: si te escandalizas, peor para tí; señal de que tu mundo no pasa de los límites de la hipocresía.

Sigamos adelante.

Lola, ya lo vemos, tenía grandes pesares: sin embargo, algunos momentos la veía tan francamente alegre, que dudaba de que de veras sintiese los dolores que me había revelado, y llevaba perfectamente ocultos en el corazón.

Apénas cuando estaba sola conmigo dejaba vislumbrar su tristeza, y aun solía burlarse tan amargamente de sus pesares, que me ponía en la duda de si todo era una ficción.

Porque ella conocía perfectamente mi carácter y la influencia que ejercía en mi alma: nada difícil habría sido, que como buena actriz se hubiera propuesto representar á mis ojos un papel con que hacerse interesante.

Que sé yo; ella en tal caso fingía admirablemente, y si aún conservo esta duda, es solo por la manía de dudar.

En los cómicos mas que en ningun otro se puede percibir mas claramente la complejidad del ser humano. Un actor á la hora de desempeñar su oficio guarda el alma, la arrima entre uno de los plie-

gues mas recónditos del corazón, y se entrega automáticamente á sus tareas con una serenidad, un placer increíbles; si no, no fuera posible esa separación, esa abstracción temporal.

Lola reía y chanceaba con sus amantes, procuraba gozar; disiparse á lo ménos, y guardando segun me decia, su corazón y alma puras para el hombre que amaba, entregaba su cuerpo al placer, á la necesidad, con un estoicismo digno del filósofo mas respetable.

Vaya otra anécdota para acabar de caracterizar á Lola.

El carnaval llegó.

El carnaval era para mí el tiempo de alegría y de esperanzas; esperanzas y alegría intermitentes, que se apagaban con la aurora del miércoles de ceniza.

Las burgalesas son hipócritas por carácter: no se divierten sino cuando no son vistas, así es que aprovechan la licencia del disfraz para despilfarrarse tres días y hacer el acto de contrición al dejarse estampar en la frente la cruz de ceniza, cuando todavía están aspirando los perfumes y los recuerdos de la noche.

Así es que en Búrgos los tres días de carnestolendas se enloquecen los hombros y las mugeres, y en esas setenta horas de indulgencia plenaria concedida por yo no sé que Papa, se gasta toda la actividad del año anterior.

Yo tenía doble razon para alborotarme esos días,

únicos en que podía à favor de la familiaridad universal y la ocasion inevitable, hablarle siquiera à Serafina, sentarme á su lado, seguirla entre la multitud: porque Serafina tambien se ponía su careta y su dominó para ir à bailar al teatro, solo con persona conocida, lo que no quitaba que en una contradanza le fuera dando su mano pulidamente enguantada, à un zapatero, un ladron, una cuzca.

Lola y yo concertamos ir à las máscaras: ella por ver à Guillermo, yo por ver à Serafina. Trabajo nos costó que Ramirez lo consintiese, temiendo acaso una entrevista de fatales consecuencias para él, pero tanto hicimos que al cabo, y mas bien por despecho, lo concedió, fingiendo que nos dejaba ir solos para poder pastorearnos mejor.

Confieso que mi intencion al resolverme à presentarme en público con una cómica, no fué otra que dar picones à Serafina.

Mis amigos me dijeron que aquello era una simpleza; que no amandome Serafina, le daría poco verme con otra que aparecia como mi querida; y que en vez de herirla, ella me humillaría con su desprecio.

Esto me inspiró serios temores, pero no tan serios que me hiciesen desistir de mi pensamiento.

Llegué à la casa de Lola cuando aún no se vestía: habíamos pensado ir de dominós; pero ella cambió de parecer, y acaso para disfrazarse ménos estaba improvisando un vestido de que sé yo qué, tan bonito como original.

Ni el corsé tenia puesto, lo que no impidió que me hiciese entrar hasta su tocador.

Miéntras su costurera seguía peinandola, yo, sentado cerca de ella, me estasiaba contemplandola.

Cuando acabó de prenderse un tocado de azul y plata, que le venía à caer sobre el cuello en un profuso cairel de flecos vistosos, se volteó hàcia mí con los ojos que ya radiaban con la prócsima alegría, y me preguntó con la risa en los labios:

—Te gusto, Gabriel?

—Estas linda como el cielo

—Esta noche van à envidiarte todos....

—Si no fuera por la maldita careta.

—Es verdad—dijo, borrándosele la alegría....

Ninguno de los dos comprendimos de pronto cuanto amor propio revelaban mi réplica y su tristeza. Pero ella tomó una secreta resolucion.

—Recuerda que esta noche yo soy tu galan.

—Qué quieres decir?

—Que tendremos mil compromisos; pero que espero que tú....

—Esperas que yo no haré una locura.

—No eso precisamente.

—O un desaire.

—Mas bien.

—Tienes razon; la cabra tira al monte....

—No, Lola!

—Y nunca estuvo de mas la advertencia. Pero si tal temor tienes, no irémos.

—Lola?.....

—Te perdono la ofensa, por la inocencia; un hombre mas malicioso que tú sin hablarme tal vez me prepara un chasco.—Vaya; á divertirnos y no tengas miedo. No tendrás que quejarte de la cómica.

—Ni tú de mí.

—Procuraré ser señora, ya que voy con un caballero.

—Te burlas?

—Vamos á pelearnos si seguimos así. ¿Tienes miedo de llevarme?

—Bien sabes que te quiero.... como el mejor amigo....

—Pues vamos à ver si sé corresponder esa amistad.

Yo no sè disfrazarme, Lola tampoco quiso hacerlo; así es que al pisar el salon todo el mundo nos señaló; y despues de cinco minutos nadie nos hablaba sino por nuestros nombres.

Por guardar la fórmula bailamos enmascarados la primera cuadrilla, y pretestando calor nos quitamos inmediatamente las caretas.

Lola apareció linda con su traje azul salpicado de plata. Tenia descubiertos los brazos y el cuello dejando percibir su blancura de nieve: sus ojos negros reflejaban todo el resplandor de las mil luces que ardian.

La multitud de hombres de toda especie la rodeaban, la oprimian, la abrumaban á sollicitaciones, à requiebros, à instancias; sin dejar de decirme mis piropos que olian á envidia de á legua.

No hay un hombre que tenga buena opinion de una cómica que no aparente despreciarla; y una cómica sin embargo le trabuca los sesos á su Santidad lo mismo que á un mite.

Serafina estaba en el baile; me habia visto del brazo con Lola, ya sin márcara, y nos habia medido con la mirada mas insultante.

Estaba Serafina sentada, y à su lado estaban dos asientos vacíos; cosa bien deseada en tales noches. Corrimos á tomarlos, y tan pronto como nos sentamos, Serafina se levantó con tanta violencia que dejó clavado en el pié de la silla de Lola un giron del vestido.... Al irse, tomando el brazo del primero quo pasaba, me vió de tal manera que me hizo bajar los ojos.

—Está zelosa—me dijo Lola riendose.

—¡Ojalá!...—le contesté suspirando.

—Si no lo estuviera no haria esas cosas.

—Que sé yo.

Una cosa hay de cierto; y es que Lola personalmente es mucho mas bella que Serafina; que todo el mundo elegante y aficionado á las hijas de Eva la pretendia en Búrgos, y que aquella noche á lo ménos me pertenecia á la faz de todos. ¿No era esto decirle á la petimetra gazmoña, como la llamaba Lola:—mira, no necesito?... tu vales ménos que ella puesto que he hecho el cambio?.....

Bailabamos á la vez diversos grupos de cuadrillas; y la casualidad nos colocó de manera que Serafina y yo veniamos á quedar de espaldas, pero juntos,

tan juntos por falta de espacio que se rozaban los vestidos.

Ella se encogía, se retorcia como si estuviese sintiendo el contacto de un reptil repugnante, y con una mirada torcida devoraba á Lola que tenía yo á mi lado.

Apesar de tan malos síntomas, y contra los consejos de Lola, me resolví á hablarle, mientras bailaban las parejas contrarias.

—¿Mascarita?... ¿mascarita?...—le dije endulzando la voz como un caramelo.

Hasta la tercera vez no me respondió, conteniendo apenas su furor.

—¿Qué quiere vd.? (Vd. en noche de máscaras!...)

—Querría tener la dicha de bailar contigo.

—Yo no quiero.

—¿Por qué?—repliqué ya intimidado.

—Porque no quiero que me hable vd... no quiero que me hable.....

Las últimas palabras las pronunció retirándose de mí, y tan llena de furor, que llamó la atención de cuantos nos rodeaban.

—¡Me alegro!...—me dijo Lola despechada, devorando á Serafina con sus ojos de víbora.

Aún resuena en mis oídos el—no quiero—con toda la lobreguez de la reprobación.

Lola procuró divertirme, y aun yo mismo despechado quise mostrar indiferencia... Era imposible.

Mas tarde, permanecemos Lola y yo solos en un cuarto mas de una hora, mientras ella descansaba y

tomaba algunos refrescos. No me ocurrió hablarle una palabra, tocarle una mano.

—Vamos de aquí—me dijo fastidiada—ni siquiera me hablas por esa maldita orgullosa.

Ramirez nos habia dado órden de marcha desde la una: eran las tres, y el pobre aún nos perseguía desesperado con la capellina de Lola en el brazo como un lacayo.

El resto de la madrugada lo pasé en casa de Lola, soñando en Serafina.

A la mañana siguiente nos levantamos, como despues de un baile, con la palidez en el rostro, y el fastidio en el alma.

Nos sentamos á almorzar juntos: Ramirez habia salido.

Comenzamos á hacer los comentarios de la noche; me preguntó ella si me tenía contento; me contó lo que habia hablado con su Guillermo; nos distrajimos, en fin, un rato con los recuerdos del pasado.

Al fin permanecemos un momento callados y pensativos.

Lola era bonita, bella, seductora: mi vista se detuvo con deleite sobre su seno.

—¿Te parezco fea?—me preguntó reparando en mi mirada.

—¿Tú qué crees?....

—Todos me enamoran; me dicen algo.

—Es natural.... Eres linda, muy linda.

—Solo tú nunca me has dicho nada.

—Es verdad . . . —¿Qué significa esto?—me pregunté interiormente.

—¿Por qué?—me preguntó ella.

—¿Qué sé yo.

—Me tienes miedo, no es verdad?

A estas palabras, otro hombre se hubiera lanzado sobre ella delirante de amor: yo me contenté con responderle balbuciente:

—¿Yo miedo!

Ella entónces se levantó dejandome confuso, no sé si de vergüenza ó de pesar.

¿Por qué no aproveché aquella ocasion de hacer por lo ménos una esperiencia? Porque hay hombres que no nacen ni para bestias: estas se abandonan á sus deseos, á sus instintos, y así son felices.

Pero mi inteligencia lucha constantemente con mis deseos, porque al cabo ¿quién me dice que uno de esos avances no es una celada que me precipite en un chasco ridículo ó humillante? ¿No tengo siempre presente aquella bruja que me burló tan cruelmente?

Con esta perpetua duda que me desalienta, las mugeres me tienen por un tonto . . . Y realmente lo soy con toda mi malicia.

Nada se pierde con pretender lo que no se tiene, aunque no se alcance; y las mugeres agradecen al cabo, hasta las lisonjas, hasta la violencia. Será esto verdad, pero no me atreví à hacer la prueba.

Los tres dias de carnaval terminaron, y con ellos mi esperanza, hasta mi consuelo. En la misma semana dispuso Ramirez partir de Búrgos con Lola. Allí estaban perfectamente; pero él para evitar todo mal trance, pretestó un buen ajuste que se le proporcionaba; y dió terminantes órdenes para el viaje.

Nunca ví á Lola tan fastidiada como en las dos semanas que pasaron. Las vacaciones son para el cómico tiempo de fastidio, por mas que desee el descanso.

El negro, siempre con la niña en los brazos, veía los preparativos con un gozo que saltaba á sus ojos encapotados. Lola no hacia mas que llorar, y desesperarse en silencio.

No quiero recordar cuanto pensè, cuanto hice por evitar el viaje. Me habia acostumbrado tanto à sus monerías, sus gracias, sus consuelos; tenia yo en su casa un asilo tan seguro contra el dolor y el fastidio, que partiendo ella me consideraba solo en el mundo.

La víspera acudieron las gentes á millares: ni un solo momento nos dejaron. Yo no salí de su casa sino á la una de la mañana, cuando todos se habian marchado. Permanecemos sin hablarnos mas de media hora, al cabo de la cual tomé mi sombrero, y sin mirarla siquiera, le dije adios dirigiendome á la puerta.

—¿Te vas?

—Ya lo ves.

—¿No te despides?

—Te he dicho adios.

—¿Nada mas?

—Nada mas..... Adios.

Y me escapé temeroso de no poder contenerme; me sentia con violentos impulsos al abrazarla, de hacerle una declaracion amorosa.... al tiempo de partir! ¡Qué sandio! y en seis meses no me habia ocurrido. ¡Ay! se llevaba mi alma, y no lo habia previsto.

Los hombres somos el conjunto mas estravagante de contradicciones y necesidades.

No dormí aquella noche; estuve solamente pensando en ella; y à la hora de la madrugada en que sabia que estaba partiendo la diligencia, sentí el loco deseo de ir à detenerla, de partir con ella, de hacerme cómico para seguirla à todas partes.

Afortunadamente no lo hice.

Despues me ha escrito varias cartas. En una de ellas me participa la muerte de Guillermo.—“muerto el único hombre à quien amé—me dice—me considero feliz. No volveré à amar.”

¿No volver à amar Lola? ¿Será cierto que tiene formada tan bella idea del amor, que juzga como yo, imposibles dos pasiones en la vida, porque son incompatibles dos afectos que se destruirian recíprocamente?

¿O tan desgraciada fué que se propone huir de un nuevo peligro cerrando su corazon à los afectos? Ella, muger, para quien la vida es el amor, no podrá vivir en el indiferentismo: tomará diversas formas el nuevo capricho que conciba, pero amará... Como amo yo, sin esperanza, pero eternamente.

Sin embargo, Lola está mas bella, mas coqueta, mas alegre que nunca: ella misma me lo escribe. Dios le conserve la alegría y la hermosura.